será tanta su alegría, que ni me regañarán.

Y pensando en esto, mis ojos se cerraban á pesar mío, y tenía visiones de pequeñas barcas pintadas de azul, en un rinconcito del Saône, y los remos chorreando gotas diamantinas.

PAISAJES GASTRONÓMICOS

La marinada.

Bordeábamos al largo por las costas de Cerdeña, hacia la isla de la Magdalena, una mañana de paseo. Los remeros bogaban con lentitud, é inclinado sobre una borda veía el mar, claro como una fuente, atravesado hasta el fondo por el sol. Entre las hierbas marinas desperezábanse las medusas, las estrellas de mar. Gruesas langostas dormían inmóviles, agachando sus largos cuernos sobre

la fina arena. Todo esto visto á diez y ocho ó veinte piés de profundidad, por no sé qué artificio como de acuario de cristales. En la proa de la barca, un pescador, de pié con una larga caña hendida en la mano, hacía señas á los remeros *piano... piano...*, y de repente sacaba suspensa entre los puntas de su horquilla una magnífica langosta, que alargaba sus patas con un espanto lleno todavía de sueño. Junto á mí, otro marinero dejaba caer su sedal con la carnada á flor de agua dentro de la estela, y atraía á sí pececillos maravillosos que al morir se coloreaban con mil matices vivos y tornasolados: una agonía á través de un prisma.

Acabada la pesca, abordamos entre las altas rocas grises. Encendióse pronto fuego, pálido entre la

espléndida luz del sol; anchas rebanadas de pan puestas sobre platitos de barro encarnado, y en seguida á rodear la marmita, alargando el plato y husmeando con las narices abiertas... ¿Sería efecto del paisaje, de la luz, de aquel horizonte de cielo y agua? Lo cierto es que jamás he comido nada tan sabroso como aquella «marinada de langosta». Y después, ¡qué hermosa siesta sobre la arena! Un sueño arrullado por el mecimiento del mar, en que las mil relucientes lentejuelas de las mansas olas mariposeaban aún ante los ojos cerrados.

El alioli.

Nos hubiéramos creído en la choza de un pescador de Teócrito, á

orillas del mar de Sicilia. Estábamos sencillamente en Provenza, en la isla de Camargue, en el cuchitril de un guardapesca. Una choza de cañas, redes colgando de los cañizos, remos, fusiles, algo así como las artes de un trampero, de un cazador terrestre y acuático. Ante la puerta, que parecía el marco de un gran paisaje de llanura ensanchado por el viento, la mujer del guarda destripaba unas hermosas anguilas, vivitas y coleando. Retorcíanse los peces al sol; y allá abajo, entre la blanca luz de las rachas del viento, doblegábanse unos míseros arbolillos con ademán de huir, mostrando el lado pálido de sus hojas. Entre las cañas relucían de sitio en sitio los marjales, como fragmentos de un espejo hecho trizas. En más remota lontanza, una extensa línea luminosa cerraba el horizonte: era el estanque de Vaccarès.

En el interior de la choza, donde brillaba una hoguera de sarmientos con muchos restallidos y llamitas, el guarda majaba con religioso afán los dientes de ajo en un mortero, dejando caer gota á gota dentro de él aceite de olivas. Comimos el alioli alrededor de nuestras anguilas, sentados en altos taburetes delante de la mesita de madera, en aquella estrecha cabaña donde ocupaba el mayor espacio la escala para subir al sobradillo. En torno de la pequeñísima estancia adivinábase un inmenso horizonte, barrido por las rachas de viento, cruzado por el presuroso vuelo de las aves de paso. Y la extensión del espacio circunvecino podía medirse

por las esquilas de las manadas de caballos y de bueyes, ya retumbantes y sonoras, ya aminoradas por la distancia y llegando á nosotros su sonido nada más que como notas sueltas arrastradas por una racha de *mistral*.

El alcuzcuz.

Estábamos en Argelia, en los dominios de un agá de los llanos del Chélif. Desde la amplia tienda señorial instalada para nosotros frente á la casa del agá, veíamos venir una noche de medio luto, de un color violáceo oscuro, donde se apagaba la púrpura de una magnífica puesta de sol. Entre el frescor del anochecer, en medio de la tienda entreabierta, un candelero kábila de

tronco de palmera alzaba en la punta de sus ramas una luz inmóvil que atraía á los insectos nocturnos, con pavoroso roce de alas. De cuclillas en derredor de esteras de pleita, comíamos en silencio: nuestros manjares eran carneros chorreando manteca, traídos enteros en la punta de una pértiga, hojaldres con miel, confituras almizcladas, y, en fin, un gran cuenco de madera donde nadaban unas gallinas entre la dorada sémola del alcuzcuz.

Mientras tanto, llegó la noche. Sobre los cerros circunvecinos alzábase la luna, una oriental semiluna abrazando á una estrella. Delante de la tienda ardía al aire libre una gran hoguera, rodeada de músicos y danzantes. Me acuerdo de un negro gigantesco, enteramente desnudo bajo un antiguo capote de

los batallones de ligeros, quien daba tales botes que hacía correr un sin fin de sombras por todo el lienzo... Aquella danza canibalesca, esos pequeños tamboriles árabes jadeantes con el rápido compás, los agudos aullidos de los chacales que se contestaban unos á otros desde todos los ámbitos de la llanada: todo producía la impresión de hallarse en pleno país salvaje. Sin embargo, en el interior de la tienda (ese abrigo de las tribus nómadas, que semeja una vela quieta en un mar inmóvil), el agá, envuelto en su albornoz de lana blanca, me parecía una aparición de los tiempos patriarcales; y mientras veíale comer gravemente su alcuzcuz, pensaba yo que el plato nacional árabe quizá fuese aquel maná milagroso de los hebreos, del que se habla en la Biblia.

La polenta.

Costas de Córcega, una noche de Noviembre.—Con un fuerte chaparrón, abordamos en una comarca enteramente desierta. Unos carboneros luquenses nos hacen sitio en su hogar; después un pastor indígena, una especie de salvaje vestido con pieles de macho cabrío, nos invita á que vayamos á su cabaña á comer la *polenta*. Entramos agachados, encogidos, dentro de una choza donde no se cabe de pié. En medio arden, entre cuatro piedras ennegrecidas, unas briznas de leña verde. El humo que echan sube hacia el agujero hecho en la cabaña, y luego se esparce por todas partes, rechazado por la lluvia y el viento. Un candilejo (el *caleil* provenzal)

luce como una tímida mirada entre este aire asfixiante. Cuando de tiempo en tiempo se aclaraba el humo, aparecen una mujer y unos niños; y allá en el fondo gruñe un cerdo. Distínguense restos de un naufragio, un banco hecho con tablas de embarcaciones, un cajón de madera con rótulos de transporte, una cabeza de sirena de madera pintada, procedente de algún botalón de proa y descolorida por el agua del mar.

La *polenta* es horrible. Las castañas mal deshechas saben á moho, como si hubiesen permanecido largo tiempo al pié de los árboles, bajo la lluvia. Después viene el *bruccio* nacional, con su sabor salvaje que induce á pensar en las cabras montaraces... Nos encontramos aquí en plena miseria italiana. No hay ca-

sas, sino abrigos. ¡Es tan hermoso el clima, tan fácil la existencia! No hace falta más que un hueco para los días de grandes lluvias. Y entonces, ¿qué importan el humo y la moribunda luz, siendo cosa convenida que el techo es una prisión y que sólo se vive bien al sol y al aire libre del campo raso?